

PALESTINA. LA BOTA DE HIERRO

TERROR EN PALESTINA

El 25 de septiembre de 1996, cuatro meses después de la elección de Benjamin como primer ministro de Israel, el ejército israelí abrió fuego sobre los manifestantes cerca de Ramallah resultando muertos cinco palestinos y heridos unos centenares. Al día siguiente los enfrentamientos se extendieron a Gaza y a toda la Cisjordania: los manifestantes se enfrentaron al ejército israelí que utilizó tanques, ametralladores pesadas y helicópteros Cobra. Según “Le Monde” del 29 de septiembre:

“Los combates más duros y que se han saldado con un mayor número de muertos (24) y de heridos (140) se han producido en la banda de Gaza. El mismo escenario se produjo el día anterior y el mismo día en Ramallah, Naplos y otros lugares. Millares de jóvenes armados con piedras se abalanzan sobre barricadas israelíes. Se producen muertes acompañadas por la rabia que escapa de las gargantas de la masa impotentes, después dos, veinte policías palestinos dejan estallar la suya y abren fuego. M. Arafat, mostrando toda la apariencia de seguir más que dirigir el movimiento, ha ordenado a su policía armada que ‘proteja al pueblo, la nación y las conquistas de los palestinos’. Pero, que se sepa, esta orden se ha recibido tarde, bastante después que los disparos de sus hombres hayan comenzado.”

El viernes 27 se han producido otros combates, particularmente en Jerusalén, en la explanada de las mezquitas: en pocos minutos han sido muertos tres palestinos y heridos varias decenas.

El detonante de estos enfrentamientos, que se han saldado con un total de 80 muertos y 1.300 heridos, no ha sido otro que la decisión tomada por B. Netanyahu de abrir un nuevo acceso al túnel turístico-religioso que discurre bajo la explanada de las mezquitas en Jerusalén, decisión sentida como una clara provocación por los palestinos. Las manifestaciones no tardaron en estallar: sólo tras tres días de feroz represión se acabaron. El gobierno israelí rechaza cualquier concesión y el túnel seguirá abierto

UN GOBIERNO DE COMBATE

La prensa ha hecho recaer la responsabilidad de estos acontecimientos, de forma casi unánime sobre el gobierno de Netanyahu, acusándolo de cuestionar los “acuerdos de Oslo”. El editorialista de Liberation explicaba, el 28 de septiembre, que Netanyahu ‘se ha empleado a fondo desde su llegada al poder en violar tanto el espíritu como la letra de los acuerdos de Oslo’. Le Figaro del día siguiente comentaba bajo el título “Los malos cálculos de Benjamin Netanyahou” ‘Si hubiese querido enterrar el proceso de paz B. Netanyahou no habría podido actuar de otro modo’.

La mayor parte de los dirigentes de las organizaciones obreras también hacen recaer toda la responsabilidad sobre el primer ministro recientemente elegido. ‘Creo que el gobierno de Benjamin Netanyahu es verdaderamente el responsable de lo que está pasando’ afirma Jospin. La dirección de la CGT se hace eco de sus palabras al denunciar ‘el doble lenguaje del primer ministro israelí ‘ y al pedir la recuperación de una ‘verdadera negociación’ entre palestinos e israelíes. Todos ellos exigen la aplicación de los “acuerdos de Oslo”. La LCR por su parte se somete respetuosamente al acuerdo impuesto por el imperialismo americano y reclama ‘el respeto a los acuerdos tomados’.

Sobre esta base se ha organizado un reagrupamiento “por la paz y la justicia en Palestina” en Trocadero, el 27 de septiembre, bajo la iniciativa del PS, del PCF y, especialmente, de la CGT.

Es un hecho que Netanyahu ha lanzado un ofensiva contra el pueblo palestino desde el mismo momento de su elección como primer ministro y de acuerdo con el programa que lo llevó a ser elegido, programa que fue reafirmado el 18 de junio en el Knesset.

Dicho programa se resume con frecuencia mediante la fórmula del triple no: no a un estado palestino (incluso bajo la forma de pequeños enclaves controlados por el Estado de Israel); no a cualquier concesión en los altos del Golán , ni a cambio de un acuerdo de paz con Siria (y de aquí la fórmula: la tierra por la paz); no a la partición de Jerusalén cuyo sector oeste, conquistado en 1967, reclama Arafat basándose en las resoluciones de la ONU convertidas en papel mojado desde hace ya treinta años.

Este programa reafirmado lo presentó Le Monde el 19 de junio en estos términos:

“El nuevo gobierno promete retomar las negociaciones interrumpidas a principios de marzo por Simón Peres- ‘sin precondiciones’ salvo que ‘la base de cualquier arreglo con Siria será el mantenimiento del Golán bajo soberanía israelí’. Conquistados en 1967 y anexados en 1981, los altos del Golán, cuya devolución es la primera condición siria para llegar a la paz, alojan en la actualidad a una quincena de colonias judias que ‘serán consolidadas y desarrolladas’ con la ayuda del estado.

La continuación, ‘refuerzo, ampliación y desarrollo’, de la colonización judia ‘sobre los altos del Golán, el valle del Jordán, Judea, Samaria y Gaza’, es decir en todos los territorios que aún ocupa Israel desde la guerra de los seis días en 1967, son considerados por el nuevo gobierno como un objetivo ‘de interés nacional para la defensa de Israel y una expresión de la realización sionista’. El gobierno ‘destinará a estas regiones los recursos necesarios para esta empresa’ y ‘salvaguardará los recursos hidráulicos vitales para el Golán y Judea-Samaria’ (Cisjordania).

Si Yaser Arafat, jefe de la OLP y presidente electo de la Autoridad Palestina Autónoma, desea continuar las negociaciones con “Bibi”

Netanyahou tendrá que aceptar este programa.”

Las condiciones están claras : los palestinos son libres... para vivir en las jaulas que les han designado.

“El artículo 7 del primer capítulo del programa de B. Netanyahu indica que el gobierno de Israel propondrá a los palestinos un arreglo basado en que éstos podrán vivir libremente dentro del marco de la autonomía. El gobierno se opondrá al establecimiento de un Estado Palestino o de cualquier otra autoridad soberana extranjera en el oeste del Jordán.” (Cisjordania)

“El nuevo gobierno también se opondrá al ‘derecho al retorno’ de la población árabe a cualquier parte de Eretz Israel (el Gran Israel) en el oeste del Jordán.”

En todo lo que concierne “Jerusalén, la capital de Israel, una e indivisible, seguirá bajo la soberanía de Israel”. En Jerusalén, donde pretende erigir Arafat “la capital” de un “estado independiente”, será vigilada de forma particular. “El gobierno evitara toda acción opuesta a la soberanía exclusiva de Israel sobre la ciudad”. Han sido prohibidas todas las visitas de dignatarios extranjeros a la Casa de Oriente, último símbolo de la presencia política palestina y de la OLP en la parte árabe de la ciudad santa.

A los diplomáticos se les ha puesto ante el brete de escoger entre o bien dejar de realizar visitas de alto nivel a la Casa de Oriente o convertirse en los responsables del cierre de la misma. El gobierno israelí ‘destinará recursos especiales’ al ‘Gran Jerusalén’ que se extiende más allá de los límites municipales, ampliados en 1967, que devoran ya un buena quinta parte de Cisjordania ocupada e incluye a una media docena de colonias-dormitorios reservadas a los ciudadanos judíos.”

Las primeras decisiones están de acuerdo con este programa del partido del Likoud apoyado por los partidos religiosos: la colonización en Cisjordania se ha acelerado y se mantiene el bloqueo sobre Gaza agravando hasta el límite la inmensa miseria de los palestinos. El 27 de agosto las fuerzas israelíes destruyeron un inmueble palestino en Jerusalén mientras que se anunciaba la construcción de una nueva colonia de 1.800 alojamientos en Cisjordania.

¿Todo esto representa alguna novedad fundamental? ¿Es preciso recordar las masacres de palestinos perpetradas por el gobierno de Rabin y después por el de Peres, primeros ministros “laboristas” así como la continuación por estos mismos gobiernos del proceso de colonización? ¿Hay que recordar las declaraciones de Rabin en septiembre de 1993 tras la firma del acuerdo de Washington?. Afirmaba que, respecto a la seguridad, “continuará en nuestras manos por entero” y que “ninguna colonia será desmantelada” y que “Jerusalén sigue siendo la capital unificada de Israel y continuará bajo nuestra soberanía”.

Que existan diferencias entre la política seguida por gobierno de Netanyahu y la de sus predecesores no carece de importancia, pero acusar solo a Netanyahu es ocultar lo esencial. El mismo Jospin, que critica ahora al gobierno de Netanyahu,

prestaba su apoyo el pasado 15 de abril a la operación militar dirigida por el gobierno de Simón Peres contra los palestinos refugiados en el Líbano. Tras la masacre contra la población civil de Cana (18 de abril) encontraba el modo de hablar sobre la “*legítima defensa*” ejercida por el gobierno israelí. Lo que ocultan tanto Jospin como aquellos que sostienen su mismo planteamiento es que no existe diferencia de naturaleza entre el Likoud y el partido llamado “*laborista*” israelí, tanto el uno como el otro están ligados orgánica e históricamente al Estado de Israel, estado que Jospin y sus pares protegen al criticar únicamente a Netanyahu y respaldar la política proestadounidense de Simón Peres.

Las diferencias entre estos dos partidos israelíes no giran alrededor de los “derechos” del pueblo palestino: el Likoud y el partido laborista están fundamentalmente de acuerdo para prohibir el derecho del pueblo palestino a recuperar su propia tierra. Están de acuerdo en aplastar al pueblo palestino desde el mismo momento en que intentó resistir. La diferencia reside en la mejor manera de asegurar la perennidad del Estado de Israel y la toma de posición - más o menos intensa - en función de los intereses del protector estadounidense.

La política del gobierno laborista y la sumisión de Yasser Arafat a esta política han preparado el terreno a la del actual gobierno. Cuando Netanyahu se convirtió en primer ministro el bloqueo sobre Gaza y algunos territorios de Cisjordania era ya un hecho. La política del gobierno laborista ha consistido en utilizar a la policía de Yasser Arafat como tropas indígenas, como guardianes de esos gigantescos campos de internamiento en que se han convertido los territorios confiados a la “Autoridad” de Arafat. El partido del Likoud prefiere utilizar directamente su propia policía, su propio ejército en los campos, ahí reside la diferencia. Bajo el título “La esperanza bloqueada de los palestinos de Gaza. La zona autónoma se ha convertido en una vasta prisión a cielo abierto”, **Liberation** del 5 de octubre explica que: “*El prolongado bloqueo sobre los territorios, impuesto por Israel después de cada atentado, ha contribuido en gran medida a cambiar el estado de ánimo de los palestinos transformando su zona autónoma no es espacio de libertad sino, todo lo contrario, en vasta cárcel a cielo abierto en la que se alcanza casi el 70 % de parados. Sentimiento que se ha acrecentado tras la segunda fase de Oslo y la extensión de la autonomía a las principales ciudades de Cisjordania: con los acontecimientos de la semana pasada las autoridades israelíes han impuesto un bloqueo sin precedentes, prohibiendo esta vez los movimientos entre las ciudades y pueblos de Cisjordania. De esta forma cada nueva etapa del proceso de paz ha reducido el espacio de libertad de los palestinos en lugar de ampliarlo.*”

En la parte de Gaza, donde se concentran cerca de un millón de palestinos, reinan el paro, la miseria, la ausencia de higiene y de servicios sociales dignos de tal nombre así como la prohibición de salir. Gaza y las zonas de Cisjordania puestas bajo el control de la OLP son la mortaja de todo un pueblo. La policía de Arafat se encarga de que reine el orden en ese cementerio.

UN ESTADO OPRESOR, LADRON Y ARTIFICIAL

No debe olvidarse que el Estado de Israel fue construido a sangre y fuego con el apoyo del imperialismo estadounidense y de la burocracia del Kremlin, aplastando al pueblo palestino. Desde 1948 setecientos mil palestinos debieron huir y sus tierras fueron confiscadas. En sucesivas oleadas el estado de Israel fue

extendiéndose, mediante la guerra y el terror, obligando a millones de palestinos a exiliarse o vivir, miserables y oprimidos, bajo la férula de un ejército de ocupación. No existen “dos pueblos para una misma tierra” como, engañosamente, nos dice **L’Humanité** como otros muchos más, sino un pueblo oprimido, aplastado, dislocado y un Estado colonizador. Este Estado no puede existir mas que mediante el sostén financiero, político y militar del imperialismo estadounidense (acaba de concederle una nueva ayuda de 3 millardos). Este Estado le es indispensable al imperialismo estadounidense para ejercer su control político y militar sobre el Próximo como sobre el Medio Oriente y sus formidables reservas petrolíferas.

Solo combatiendo y destruyendo el Estado colonial pueden las masas palestinas acabar con el exilio, la opresión y recuperar su tierras. Las masas palestinas no han dejado nunca, de hecho, de combatir por sus derechos nacionales y por reconquistas su país.

La juventud de Gaza y de Cisjordania desató, el 19 de diciembre de 1987, la terrible batalla de la Intifada. Miles de palestinos han caído muertos por el ejército israelí mientras otros muchos han sido heridos, encarcelados y torturados. En seis años han pasado por la cárceles israelíes, oficialmente, más de 120.000 palestinos, por las cárceles en las que la tortura esta “legalmente” autorizada. Para poner fin a ese combate legítimo e incesante es para lo que se ha firmado el acuerdo de Washington.

EL ACUERDO DE WASHINGTON: ACUERDO DE TRAICION

En 1991 Irak fue aplastado por el ejército estadounidense (con la colaboración de otros imperialismos). Por muy reaccionaria que fuera la política de Sadam Husein esta victoria imperialista supuso una derrota para las masas árabes, para la palestinas de forma particular. La Intifada sufrió un reflujo. El gobierno israelí de Isaac Rabin aprovecho la situación y entabló negociaciones con la OLP de Arafat que culminaron con los “acuerdos de Oslo”, en realidad acuerdos de Washington firmados en la capital americana el 13 de septiembre de 1993 bajo el control exclusivo del gobierno de los EEUU (hablar de “Oslo” permite soslayar esta realidad): la OLP, Organización para la Liberación de Palestina, renunciaba a todo combate por la liberación de Palestina; la OLP obtuvo la gestión administrativa de Gaza y algunos otros enclaves. La policía de Yaser Arafat, convertida en apéndice del ejército de Israel, fue encargada de controlar a las masas en dichos enclaves. Los exiliados fueron abandonados a su suerte. Se hizo creer que, después, se establecería un “estado” palestino: estado apéndice, inviable, constituido a base de fragmentos miserables en los que aparcas a los palestinos. No era mas que una engañifa de poca monta. Mientrastanto la policía de Arafat se comportaba como la porra de Israel en el interior de los enclaves multiplicando las detenciones arbitrarias y liquidando a los opositores. La OLP demuestra a las claras lo que siempre fue: una organización nacionalista pequeñoburguesa profundamente reaccionaria. Pero, en tanto que durante años capto la aspiración de los palestinos a la liberación de su país, el acuerdo de Washington constituye una traición y su puesta en práctica un nuevo golpe contra las masas palestinas. La juventud palestina rechaza a la OLP en provecho de organizaciones también reaccionarias, tales como Hamas.

PAX ESTADOUNIDENSE

Para los USA este acuerdo tiene la finalidad de estabilizar las relaciones políticas en la región, enfeudada a los USA, la liquidación definitiva de Palestina en provecho de Israel. Todo ello implica para Israel algunas pequeñas concesiones como una pseudoautonomía para algunos fragmentos territoriales y un arreglo de la cuestión del Golán con Siria. El gobierno “laborista” de Isaac Rabín fue el encargado de poner en marcha la “pax estadounidense”. Pero para una creciente masa de colonos israelíes cualquier concesión, por mínima que sea, es inaceptable. Son conscientes de que nunca los pueblos palestinos y árabes aceptarán el hecho colonial israelí. Por ello los colonos, y con ellos el Likoud y los partidos religiosos, quieren ir aún más lejos hacia la realización del Gran Israel, expulsar a los palestinos de toda la región, el acuerdo de Washington debe sufrir las consecuencias y eso es lo que ha traducido el voto en favor del Likoud y los partidos religiosos así como la elección de B. Netanyahu: la voluntad de que los palestinos sean expulsados de los territorios ocupados, tanto como ello sea posible. Es la exigencia de proseguir lo más lejos posible en la expulsión del pueblo palestino comenzada en 1948.

UN PUEBLO ENJAULADO

Entre 1993 y 1996 los acuerdos de Washington han permitido encadenar al pueblo palestino y desarmarlo políticamente, los palestinos llaman a Gaza “la jaula”. Los territorios pretendidamente autónomos no son, también, mas que jaulas en las que están encerrados los palestinos. La puesta en práctica de los acuerdos ha facilitado la nueva ofensiva israelí.

El 4 de noviembre de 1995 un joven israelí, siguiendo las “instrucciones de Dios” mató al primer ministro “laborista” Isaac Rabín. Simón Peres le sucedió. En las elecciones de mayo de 1996 Simón Peres era el candidato sostenido por Clinton. Pero la mayoría de electores israelíes ha votado al Likoud y a su ofensivo programa. Israel disfruta, de hecho, de una cierta autonomía en relación con su padrino estadounidense. Por muy contrariado que haya quedado Clinton no tiene más remedio que prestar su apoyo incondicional a Israel e Israel no tiene otro futuro mas que el de desarrollar una incesante y despiadada guerra contra el pueblo palestino.

De todas formas el margen de maniobra del nuevo gobierno no carece de límites, teniendo en cuenta los estrechos lazos existentes entre los Estado Unidos e Israel que necesita el apoyo militar y financiero de los Estados Unidos. Pero también éstos precisan de Israel y, de hecho, en numerosas ocasiones en el pasado ésta ha demostrado que puede realizar acciones contra la voluntad del gobierno estadounidense como sucedió durante la participación de Israel en la operación de Suez en 1956.

Una reciente entrevista a Y. Shamir en **L’Humanité** del 25 de junio indica en qué marco se sitúa la política de Netanyahu de la que el mismo es inspirador; el antiguo primer ministro explica con toda crudeza porque no tiene otra salida mas que la de la guerra y porque necesita conseguir momentos de paz: *“Sabemos muy bien porque, hasta la fecha, la sociedad árabe no ha aceptado la existencia del Estado de Israel. Saben que es difícil liquidarla pero mentalmente la rechazan, lo que no significa que no haya que intentar como mínimo conseguir la paz.*

Yo mismo comencé a intentarlo en 1991. Porque la cuestión se plantea así: estamos rodeados de árabes y no podemos estar siempre en guerra si queremos desarrollarnos y hacer venir más inmigrantes judíos. Hay cerca de cuatro millones y medio de judíos en Israel pero no es bastante, hacen falta más para defenderse de la oleada árabe. Hay que hacer venir aquí a la mayoría de los trece millones de judíos que hay en el mundo. Para ello trabajamos y para ello es preciso firmar la paz.” Pero para establecer a los nuevos colonos hacen falta tierras. “Nos hace falta un mínimo. Los palestinos no necesitan ni tierras ni estado: tienen Jordania.

Y cuando el periodista le recuerda su pasado de terrorista responde tranquilamente: *“Sí, pero entonces era normal”*. Si se le objeta que los palestinos pueden decir lo mismo, replica: *“Entonces es la guerra. Si quieren la paz deben aceptar compromisos. Y la base de dichos compromisos es que Israel pertenece al pueblo judío. Es así porque nosotros hemos vencido (...) lo que importa es ser el ganador (...) lo que hace falta es ser el más fuerte.”*

En ese marco se sitúa la política de Netanyahu. después de la llegada masiva de una reciente oleada de inmigrantes se plantea la guerra.

Aunque Clinton haya manifestado cierto despecho por la derrota electoral de su ahijado sabe que el Likoud es proimperialista (por otra parte una fracción de la burguesía estadounidense y de sus dirigentes sostienen al Likoud).

PREPARACION DEL ENFRENTAMIENTO

Los dirigentes de los estados árabes han comprendido perfectamente el sentido de la elección de Netanyahu. El 21 de junio la mayoría de ellos se reunieron en el Cairo con el objetivo de presionar a los USA: para que éstos ejerzan, a su vez, toda la presión posible sobre el gobierno israelí.

El 25 de junio Warren Christofer, secretario de estado estadounidense, visitó Israel para entrevistarse con el nuevo primer ministro: evidentemente no obtuvo nada.

El 8 de julio fue Netanyahu quien visitó Washington para entrevistarse con Clinton. El primer ministro volvió a mostrarse inflexible con gran pesar por parte de Clinton.

La víspera de su viaje Netanyahu nombró a Ariel Sharon ministro para las “infraestructuras nacionales”; nominación que, por sí sola es todo un programa. Sharon es conocido por haber ordenado, entre otras cosas, el bombardeo en 1982 sobre Beirut y hacer posible que las milicias falangistas pudieran volver a entrar en los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila en los que, con total impunidad, cometieron una masacre sistemática de centenares de mujeres, niños y hombre.

*Como decía el diario **Le Monde** “A la cabeza de un ministerio que engloba la administración de tierras, vías y obras, carreteras, construcción en zona rural, rutas que contornean a las aglomeraciones palestinas de Gaza y Cisjordania ocupadas, la red viaria y ferroviaria, el comisariado para el agua y a otras muchas administraciones como, por ejemplo, la del desarrollo nacional, la del*

Neguev y Galilea, se puede contar con total seguridad con M Sharon para preparar Israel para el año 2.000 como el mismo se encarga de precisar. Israel incluye, en el espíritu del antiguo general, todos los territorios árabes conquistados en 1967, ocupados y colonizados desde entonces.”

El programa no tardó nada en ponerse en práctica: el 27 de agosto mediante la demolición de un inmueble palestino de varios pisos construido con la ayuda de donativos internacionales para albergar una guardería infantil, un centro para inválidos y una casa de retiro en Jerusalén Este. Una elección decidida y voluntariamente simbólica. El mismo día se anunciaba la construcción de una nueva colonia de 1.800 casas.

Para Arafat y la OLP la situación es insostenible desde el mismo momento en que justificaron los acuerdos de Washington en base a que en ellos existía la posibilidad de un futuro estado palestino. Ahora nadie puede seguir creyendo en tal ficción, incluso bajo la forma de un pseudoestado, de un estado-apéndice.

Yaser Arafat no tuvo más remedio que llamar a una huelga general el 29 de agosto y a una concentración de masas, durante la plegaria de los viernes, en la explanada de las mezquitas... lo que no inmutó a Netanyahu que, después de entrevistarse con Arafat el 4 de septiembre, anunció el 18 del mismo mes un nuevo programa de colonización: 1.800 nuevas casas para 10.000 colonos.

Es evidente que lo que persigue el gobierno israelí es subir la apuesta hasta el punto en el que Yasser Arafat, acorralado, deba tomar la iniciativa de romper las negociaciones y el acuerdo de Washington. Pero la capacidad de Arafat para la capitulación parece no tener límites: el mismo 18 de septiembre aceptó volver a entrevistarse con el ministro israelí de defensa a fin de discutir la evacuación parcial de Hebrón por parte de las tropas israelíes, que estaba programada para marzo, hasta ahora Arafat afirmaba que esta parte del acuerdo era innegociable. Ya no es el caso.

“¿Acepta usted la modificación de los acuerdos concernientes a Hebrón? le preguntaron el miércoles por la noche el comité de seguimiento pondrá en práctica todos los detalles respondió ¿Pero acepta ...? se empeñó un periodista Lo que he dicho está claro contestó el jefe de la OLP.” (Le Monde 20/09)

Arafat se traga todos los sapos incluso el del anuncio, el mismo día, de: “la confiscación, por razones de seguridad, de numerosos terrenos palestinos en pleno corazón de Hebrón a fin de construir una ruta que una la gran colonia judía de Kiryat Arba con los tres lugares de poblamiento judío instalados en el corazón de la ciudad, ruta que irá hasta el interior de la antigua casba árabe. Tendrán que destruirse muchas casas árabes para poder construir la carretera que estará reservada, según el ejército, a los colonos y soldados israelíes encargados de protegerlos, siguiendo el modelo de la otra carretera reservada que se ha inaugurado entre el bloque de Gush Etzion y Jerusalén la semana pasada y que simboliza la introducción de una especie de apartheid.” (Le Monde 20/09).

El gobierno de Netanyahu acentúa la presión: en la noche del 23 al 24 de septiembre abrió un nuevo acceso al túnel turístico que desemboca en pleno barrio musulmán. Sabía de sobras el carácter provocador de dicha decisión. Otra vez más Arafat llamó a una “huelga general de los comerciantes”... Pero esta vez, dando la espalda a sus platónicas protestas, fue la población palestina, la juventud en particular, quien reaccionó: de forma espontánea los manifestantes atacaron en comandos a la policía israelí. El mismo día se enfrentaron al ejército israelí violentamente. *“...en la ciudad árabe ocupada de Hebrón fueron numerosos centenares de palestinos que se manifestaban para obtener de las autoridades de ocupación la reapertura de la antigua souk, cerrada por la autoridad de Israel en febrero de 1994 tras la masacre de 29 palestinos por un comando judío, Barouch Goldstein. El souk es reivindicado como propiedad privada por los 450 colonos instalados alrededor del lugar, en pleno corazón de esta ciudad de 120.000 habitantes árabes. Tsahal que debería haberse retirado fuera de la villa, según los acuerdos firmados con la OLP, hace ya seis meses ha vuelto a reforzar su presencia y la tensión no cesa de aumentar.”*

Durante tres días las manifestaciones contra el ocupante israelí se multiplicaron y el ejército israelí se dio rienda suelta: “ El baño de sangre que se ha producido está fuera de toda proporción. Las fuerzas israelíes han abierto fuego sin compasión sobre niños armados con cayados; han entrado en el interior de los enclaves autónomos palestinos; cuando la policía de Yasser Arafat ha respondido el Tsahal a desplegado tanques y helicópteros de combate. Si Benjamín Netanyahu quería enterrar el proceso de paz no lo hubiera hecho de otra forma.”

Pero hay que repetirlo una vez más: esta “paz” no es más que la paz imperialista, la paz de los cementerios y campos para un pueblo enjaulado, un tiempo de respiro que permita la llegada de una nueva oleada de colonos y la preparación de nuevas ofensivas.

RIVALIDADES INTERIMPERIALISTAS

El 29 de septiembre Clinton convoca en Washington a Netanyahu y Arafat así como también al rey Hussein de Jordania. Lo que quiere Clinton es una suspensión de los enfrentamientos, por lo menos hasta las elecciones estadounidenses, mientras se busca un eventual compromiso entre su protegido Israel y los estados árabes de la región, vasallos del imperialismo estadounidense.

La cumbre se desarrolla según las “reglas de Dayton” que se aplicaron durante las negociaciones sobre Bosnia: a los participantes se les aplica un silencio total hasta el final y los demás imperialismos, entre ellos el francés, son marginados de la reunión a pesar de sus quejas y de las demandas árabes encaminadas a romper la tenaza israelí-estadounidense. Pero los USA desean conservar su dominio sobre la región y sus recursos.

En dicha cumbre no se ha alcanzado ningún resultado más que el de reemprender las discusiones en Erez, en la frontera de Gaza, el 6 de octubre.

Yasser Arafat, buscando un punto de apoyo, se dirige a Chirac solicitándole la “presencia de la Unión Europea en las negociaciones que tendrán lugar” en Erez entre la Autoridad Palestina e Israel. Pero la Unión Europea carece de una política

común sobre la cuestión y los estadounidenses dejan muy claro que no desean que los europeos les coloquen ningún bastón en las ruedas.

Un viaje de Jacques Chirac al Próximo Oriente, a partir del 19 de octubre, es la ocasión para el imperialismo francés de volver a asentarse en la región aprovechándose de las dificultades, relativas, del gobierno estadounidense: mediante importantes concesiones financieras a Siria (condonación de parte de la deuda siria) y la aceptación del papel, de facto, que Siria juega en el Líbano, Chirac consigue ser recibido calurosamente en Damasco.

Un incidente en Jerusalén entre el servicio de orden israelí y Jacques Chirac así como algunas declaraciones sobre “los palestinos convertidos en un pueblo sin tierra” le permiten a Chirac barnizarse con la pose de un jefe de estado celoso con los derechos del pueblo palestino. Es evidente que lo que interesa a Chirac, que no se preocupa en absoluto de los derechos del pueblo palestino al igual que tampoco de los derechos de los trabajadores inmigrados en Francia, es hacer un “hueco político” para el imperialismo francés y los contratos que de ello pueden derivarse. Por otra parte el imperialismo francés piensa igualmente preservar la seguridad del Estado colonial israelí.

Tanto todos los gobiernos de los estados imperialistas como todos los regímenes que les están enfeudados sostienen a Israel. Lo mismo ocurre con todos los partidos socialdemócratas y exestalinistas, hoy en día en descomposición, que defienden el acuerdo de Washington en nombre de “la paz”. La paz exige, ante todo, la destrucción del estado de Israel en tanto que estado colonial, gendarme del imperialismo en Próximo Oriente, al igual que los estados artificiales del Líbano y Jordania.

Eso es lo que no quiere Arafat. Si bien en lo más álgido de los combates sus policías han sufrido un “arrebato” y han vuelto sus armas contra el ocupante israelí, en ningún momento los jefes de esa policía han dejado de colaborar con las autoridades israelíes. La OLP, representante de la débil burguesía palestina, no quiere romper con el imperialismo. La OLP, al igual que tampoco ni Hamas ni las otras organizaciones del mismo tipo, no pueden abrir una salida política ni a las clases explotadas ni a la juventud palestina. Para las masas palestinas, para el proletariado y la juventud, es vital organizarse independientemente de la burguesía palestina, de las burguesías árabes y sus gobiernos, de los imperialismos.

Arafat añade un poco más de confusión política al presentar al imperialismo francés como un posible recurso frente a la ofensiva israelí y del imperialismo estadounidense. Ninguna burguesía, imperialista o compradora, ni ningún partido ligado a cualquiera de ellas puede ayudar a las masas palestinas sino todo lo contrario. La cuestión de un partido obrero es una cuestión fundamental.

EL PROLETARIADO PALESTINO DEBE CONTRUIR UN PARTIDO OBRERO, SUS SINDICATOS, UN PARTIDO REVOLUCIONARIO.

Desde hace décadas, del proletariado se ve obstaculizado por la ausencia de partido obrero, de sindicato. El pueblo palestino está compuesto por diferentes clases: su burguesía, incluso siendo débil y por ese mismo motivo, esta sometida a

las otras burguesías árabes y al imperialismo. Tiende a aliarse con el estado colonial israelí por poco que éste le deje un hueco y por pequeño que éste sea. A falta de una representación política independiente el proletariado palestino se ve sometido a esta burguesía a través de la OLP, organización nacionalista pequeñoburguesa. Tal partido obrero permitirá al proletariado palestino constituirse en clase para sí. Del mismo modo el proletariado palestino debe construir sus sindicatos que le permitan defenderse tanto de los patronos palestinos como de los israelitas. El hecho que este proletariado se encuentra la mayor parte del tiempo sometido al paro o no sea contratado más que en minúsculas empresas, la más importante de Gaza -perteneciente a un burgués palestino- explota a un centenar de obreros, no cambia en absoluto el planteamiento del problema.

Dicho partido necesita un programa. No puede construirse más que sobre una orientación de ruptura con la burguesía palestina así como sobre el combate para acabar con el estado colonial. Bajo estas condiciones el proletariado puede ofrecer una salida a las masas palestina, a todas las capas explotadas. Tal partido debería combatir, en particular, por una Constituyente palestina, una vez el pueblo palestino haya recuperado su país, por un gobierno obrero y campesino.

Para precisar en cada momento e impulsar tal programa, para permitir a tal partido obrero jugar plenamente su papel, reagrupar al conjunto del proletariado y de la juventud, hace falta, sin embargo, una vanguardia organizada bajo el programa de la revolución proletaria. El combate por un partido obrero no exime del combate por el Partido Obrero Revolucionario.

Para las masas palestinas no hay otra salida, en última instancia, que la construcción de un Partido Obrero Revolucionario palestino que ligue la lucha contra el estado de Israel con la lucha del proletariado contra el capitalismo por el gobierno y el poder obrero.

De modo particular la consigna de Constituyente palestina no tiene sentido mas que situada en la línea de la constitución de un Gobierno Obrero y Campesino de toda Palestina, único gobierno capaz de resolver la cuestión nacional dando solución a la cuestión social. Tal combate se inscribe necesariamente en la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas del Próximo y Medio Oriente.

Es responsabilidad del proletariado y la juventud de cada país, y en Francia en primer lugar, combatir para imponer a los dirigentes de las organizaciones sindicales, CGT y FO, FSU, ex-FEN y UNEF(S), a los partidos obrero-burgueses, el PS y el PCF, que dejen de apoyar los “acuerdos de Oslo”, (es decir: el acuerdo de Washington), al imperialismo, al Estado de Israel que practica el terrorismo continuado contra las masas palestinas, los trabajadores y la juventud palestina.